

Un proyecto de fraternidad

Por Sebastián SALAZAR BONDY

El gran novelista William Faulkner, sin lugar a dudas uno de los escritores norteamericanos que mas influencia han ejercido en la literatura contemporánea, en especial en la de nuestro continente, ha establecido una Fundación con el fin de recompensar la creación novelística en América Latina y difundirla en los Estados Unidos. Así, ha sido establecido un premio, que si bien no es directamente pecuniario, abre las puertas de la traducción inglesa a los narradores de lengua española de nuestro mundo. El programa es simple y también original. En cada país latinoamericano se nombrará un jurado seleccionador que elegirá una novela entre las publicadas desde el fin de la segunda guerra mundial. Dicho tribunal no podrá estar integrado por críticos y especialistas mayores de treinta años, "ya que se cree —dice muy justamente la información respectiva— que los jóvenes son los mas aptos para justipreciar las obras de sus contemporáneos". De cada país saldrá, pues, seleccionada una novela, la cual, por eso sólo, quedará señalada con un Certificado de Mérito. No se queda este galardón en el mero honor. La "William Faulkner Foundation" ejercerá influencia para la publicación en Estados Unidos de cada una de estas creaciones. De entre ellas, un jurado especial, que funcionará en la Universidad de Virginia (Charlottesville), escogerá la mejor, aquella que merezca el Premio Mayor, consistente en una placa y en la preferencia para su versión inglesa en edición, como es normal en el país del norte, de alta tirada.

He ahí en síntesis la iniciativa de William Faulkner. Para los escritores latinoamericanos, ella representa una excepcional posibilidad de éxito de circulación y, por ende, de regalías, las que en Estados Unidos, como es sabido, alcanzan suficientemente para mantener el equilibrio económico de quienes se dedican a las tareas literarias. La novela es, tal vez, el género que mejor expande en la opinión general el pensamiento, la vida, la realidad, etc., de una nación o de un pueblo. Conocemos Islandia a través de Laxness, el gran relatista; sabemos de Grecia mas de lo que los diarios, el cine u otros medios de difusión nos brindan, gracias a Kasantsakis; nuestra visión de la Sudáfrica tremante se ensancha con las páginas de Allan Paton. En fin, una atalaya de amplio panorama se nos ofrece en la palabra escrita de narradores de Asia, Europa o Norteamérica, llámense Lu Shin, Moravia o Hemingway. Latinoamérica se perfila en la versión que de ella nos dan sus escritores leales a la verdad profunda de los pueblos a los que pertenecen y de los cuales extraen la substancia fundamental para la ficción novelada.

Ninguna forma mejor, de otra parte, de comunicar al hombre de estas latitudes con el de los Estados Unidos —y Faulkner, como los más importantes intelectuales de su país, así lo ha comprendido— que a través de las expresiones de la cultura, desde aquella que emana pura e ingenua del pueblo, como el folklore, hasta la que surge del trabajo premeditado y la inspiración individuales. La vinculación política será siempre aérea, en un nivel exclusivamente formal, si no está acompañada de ese otro lazo espiritual que hace que los seres humanos se identifiquen por encima de las diferencias, como pertenecientes a una misma pacífica e inmensa familia. La fraternidad es cuestión de afectos, no de pactos signados en documentos famosos. El mundo es uno solo, pero en el orden de lo humanista. El proyecto de la Fundación William Faulkner conviene a esta certeza, y por eso, precisamente, es que hay que elogiarlo.